# Un Incómodo Chispazo

Eduardo

Image not found.

# Capítulo 1

—Cierra el pico.

Se atrevió a decir María, a punto de recibir otro guantazo que no veía.

—Dudo que seas tan hombre como para lograr acertarme otro más.

Aunque amortajada y amordazada, su voz helaba la sangre. No ladeó siquiera un grado su cabeza cuando sintió el aire de la mano de su raptor frenándose en el acto a pocos centímetros de su rostro.

—A partir de aquí deberías saber de sobra que todo lo que te largue será para que dejes de pegarme.

El raptor, confuso por aquellas palabras, seguro de que su víctima no le conocía, volvió a cargar el brazo para realizar otra sacudida.

—Juan..., es el último tortazo que pegas.

Juan se asustó y dejó el brazo en el aire, preparado para soltarlo. Más que por cualquier otro motivo, dejó correr su dura mano por haber sido descubierto. En aquel segundo su patrona se inclinó hacia atrás con la silla y, aprovechando el impulso, golpeó con los pies juntos, y con toda la fuerza que ganó, en la pierna izquierda de su raptor —Juan era cojo—, que perdía el equilibrio, fallando el golpe. Como una peonza calló al suelo de espaldas gracias al impulso de su propio brazo; golpeándose en la nuca al caer.

María había logrado ponerse en pie, pero seguía con la silla en la espalda, inclinada hacia delante en una incómoda postura. Sin perder tiempo, cogió impulso encogiendo las rodillas ligeramente. Lanzándose en el aire, chocó contra la pared, donde desde hacía rato creía haber oído regresar a Mario, el ayuda de Juan, y cayó al suelo, haciendo añicos la carcomida silla.

Aunque se había separado de esta, y las manos se habían soltado, los pies continuaban unidos. Se arrastraba hacia el cuerpo de Juan, que había comenzado a dar señales de vida. Agarró una estaca de la silla clavándola con insistencia en su pecho y el cuello hasta que el cansancio le pidió que reservara fuerzas.

Deshizo el nudo de la cuerda de sus pies. Jamás hubiera adivinado dónde se encontraba. Se puso en pie, y a tientas encontró el interruptor, encendiendo la luz del cobertizo. Lo dicho, nunca hubiera adivinado que se encontraba en su propio cobertizo. Abrió la puerta para dejar correr el aire y buscó en el jardín a Mario; no había regresado desde que Juan le mandó acercarse a comprar pinzas para la batería del coche con las que la

electrocutarían. La pobre María estaba empapada en sudor, con la camisa sin botones desabrochado y el sujetador intacto pero con un pecho fuera debido a la enérgica demostración de agilidad; no estaba segura si por lanzarse en mitad de la oscuridad contra la pared o si por lo de la estaca. Se ajustó el sujetador e hizo un lazo con los extremos de su camisa. Luego buscó las pinzas que sí que tenía, debajo del estante superior de la derecha, dentro de una caja de herramientas —no dejaba que nadie tocara sus herramientas, por eso el jardinero había imaginado que no tenía—. Encendió la linterna de su teléfono, bajó el interruptor, apagando la luz; cogió la batería, la enchufó a la corriente del cobertizo y, a continuación, bajándole los pantalones al cadáver de Juan, puso una en su entrepierna y otra dentro de su ano; por último aguardó a que regresara el ayudante.

Se había escondido detrás de la puerta. Sostenía una escopeta de pequeño calibre que había guardado envuelta en regalo de cumpleaños para su hijo. La abrió, introdujo un cartucho y esperó. Mario entraría, accionando el interruptor de la luz; el cuerpo sin vida de Juan, como el de Frankenstein, posiblemente volviera a la vida durante un segundo. Le gustaría ver esa penúltima expresión de Mario, qué lástima, pensó. Se contentaba con la última, cuando le encañonara en los morros. Lo único que Mario tendría tiempo de ver sería la pequeña escopeta entre los ojos y un fogonazo de luz no muy agradable, que con un poco de suerte le haría pensar en cómo diablos había llegado tan rápido al infierno. El marido de María estaba fuera por trabajo, no había peligro de que volviera; su hija pasaba el finde con una amiga, o al menos esa mentira le había contado; su hijo estaba en su fiesta de cumpleaños, con su tía, no llegaría hasta la una, fuera de peligro... Ahora lo dejaba todo en manos de la paciencia... Con una hija de quince y el crío de nueve; y su marido que había cumplido los cuarenta aquel mismo año, la paciencia no era algo de lo que carecía, en absoluto.